

Augusto D'Halmar

El castillo desmantelado y las huertas de Camacho ⁽¹⁾



O primero que dejamos atrás, no sin visitarle, es un viejísimo molino de agua, de los que suplantaron a los de viento y que, a su turno, arruinados fueron por los eléctricos. Y digo: no sin visitarle, porque cuando me salen al paso los miro y remiro, con esa trágica insistencia con que a ratos contemplamos a los seres que, por su decrepitud, ya no hemos de ver largo tiempo. A los hombres entre dos edades, de este siglo entre otras dos, nos ha sido dado encariñarnos así con unas cuantas cosas, poco a poco desterradas por el progreso.

De este molino en desuso, no se nos ha borrado la impresión de un azulejo sobre el dintel, representando a la Virgen de Peñarroya, y de la indigencia de su recinto, donde apenas si la única torcida de un velón de aceite y una lumbre menguada de rastrojos, esclarecíanlo

(1) Reproducimos, como una primicia, este capítulo del bello libro de D'Halmar, *La Mancha de Don Quijote*, que será publicado en breve, por la editorial chilena, Ercilla.

a medias, y a medias lo entibiaban. Las vigas como nevadas y los rimeros de sacos, se adivinaban más bien que divisarse. Entre tamaña incuria, dos pobres viejos, tan viejos y tan pobres como todo, hacíanse la ilusión de la luz, del fuego y del hogar.

Del otro lado caía la presa ahogada de zarzas. Y esa respiración desigual del agua que no impulsaba ninguna noria, fué por un momento la mejor imagen de toda la actividad inútil de nuestra existencia. Tan sólo los viejos sonreían viéndola no arrastrar en su caída sino sus divagaciones.

Y paso tras paso, porque ahora no llevábamos otro HP. que las iniciales con que Hermann Paul había firmado sus pinturas en la tartana, fuimos llegándonos, sin embargo, hasta el castillo de Peñarroya, cuya ingente mole coronaba la altiplanicie y dominaba la planicie. Hicimos parar al pie. Y tampoco olvidaremos cuando esotra fábrica obsoleta pero superviviente, se cernió sobre nuestras cabezas de criaturas de una jornada en la tierra, pasajeros de una vez por aquel camino. Fué una de esas cuatro o cinco intermitencias que pueden contar como vivientes en medio al sonambulismo de todo y en las cuales parece haberse parado sobre nosotros el sol.

Y, sin embargo, estaba hecho con nada ese instante: Un cielo de mar; la fortaleza moruna arriba, y Paulina y yo en sus repechos, mientras abajo dibujaba el dibujante, asistido de «Cavilote». El silencio, tan profundo que parecía oírsele como un mar, no era turbado

de cuando en cuando sino por el estremecimiento de cascabeles de la collera de «Artillero», o por la voz del tartanero Paco, (a. q. D. C), repitiendo un estribillo, con aire de «Las Corsarias»:

El español busca el sol,
Porque el sol es español.

En la plataforma alta nos acogió también una anciana y nos preguntó si habíamos visto por el camino al «hermano» que había bajado con su mulilla a subir una carga de agua. Eran, desde toda la vida, los santeros de la ermita del Castillo, en la cual se venera la Virgen de Peñarroya, patrona de los contornos. Y la «hermana», sin cesar de surcir unas ropas de hombre, seguramente del «hermano», es decir, de su viejo marido, se condolió de tenerlo medio baldado por una caída entre esos riscos y breñas, y lamentó que aquellos tiempos de peregrinaje cuando se reunían hasta dos mil carros, acaso diez mil almas, en la explanada, no volvieran ya, por disquisiciones entre los partidos judiciales que querían acaparar cada uno la Virgen, mientras los dejaban reducidos a ellos a la triste peseta diaria. Tanto le cuadró esta expresión a Hermann Paul, víctima del desigual cambio francés, que, de allí en adelante, no lo llamábamos sino «El Caballero de la Triste Peseta».

Vimos la Virgen, no precisamente la que de continuo andurrea por su jurisdicción y tan pronto está en

Tomelloso, como en Socuéllamos, o en Argamasilla, sino una pequeñita, la auténtica, la sedentaria, de la cual no es la otra sino ampliación portátil. En la desnudez suntuaria del santuario, aparecía constelada de dádivas y exvotos, con tantos aljófares, como garbanzos se hubieran deseado para el cocido algunos de sus devotos, y, por lo pronto, sin ir más lejos, estos menestrosos guardianes suyos.

En día muy próximo, ya no estará uno, ya no estaremos ninguno de nosotros, ni de los otros, ni en la Mancha, ni en ninguna parte. Y este camino será siempre el mismo bajo el cordial sol de octubre y la fortaleza árabe atalayará como hoy las llanuras, sirviendo de camarín inmenso a una virgen cristiana, diminuta como una muñeca. La divina Dulcinea mística que mece los sueños infantiles de las pobres gentes.

Cuando nos íbamos, el santero volvía y saludó humildemente al paso «la triste peseta» que les representaba nuestra visita. Con que hiciera una vez Don Quijote esta etapa, forzosamente hubo de aparecérsesele Peñarroya como el único castillo real, pues si muchas ventas lo fueron para él, el de los duques, más quimérico que todas sus quimeras, no pasó de ser una mala venta donde ventera y ventero, es decir, castellana y castellano, se cobraron venterilmente de haberle fiado posada y mantenido a manteles, siendo que más que a cuerpo de rey tratáronle «in anima vili» y envilecieron indeleblemente su prosapia por befar y escarnecer en él aquella

superior a ninguna que nos constituyen la *ánima* y el *ánimo*: *Anima est in sanguini, animus in corde.*

El camino solía ser o tan malo o tan estrecho, que tuvimos que recorrer mayores trechos a pie que en tartana, cuyos vuelcos habían infundido en «Cavilote» un pánico tan saludable como para despavilarlo y hacerle recuperar y emplear, de una vez por todas, sus propios medios locomotivos.

A no mucho trecho volvimos a hacer alto para almorzar allí donde la vega, cruzada por el Guadiana, toma en sus bordes el nombre de Huertas de Agua, entre las cuales aquella donde se celebraron las bodas de Camacho. Pero quedaba del otro lado del río y no era cosa de vadearlo. Así habíamos de estar en breve a un infranqueable paso de otro lugar del «Quijote».

Fué, pues, aquí, en la ribera opuesta, donde tuvo lugar uno de esos ágapes o panzadas a la antigua usanza, la cual todavía conservaba mucho de la romana, y conforme a la cual solían confeccionarse platos de resistencia, monumentales platos, en la calumniada España gastronómica, como la *Aceituna en Ave*, que no subsisten sino en memoriales culinarios, ¡ah nuestros clásicos! para aguarnos la boca y aguzarnos los dientes, en vez de relamernos y chuparnos los dedos. Y aunque aparentemente fuera de tiesto, ya que no de sazón, ve, lector, por no resistir a «quedármela», dicha majestuosa receta, en el estilo interpelante propio de cierta gente:

Rellena una buena aceituna con alcaparras y anchoa

y después de haberla echado en adobo con aceite, mé-tela dentro de un picafigo o cualquier otro pajarillo minúsculo de averiguada delicadeza, para introducirlo en otro pájaro mayor, de limpia ejecutoria, tal como un hortelano. Toma luego una cojugada sin cabeza ni patas, que sirva de cubierto a los otros; envuélvela en un forro muy tenue de tocino y ponla dentro de un zorzal, éste en una codorniz, ésta en una avefría, estotra en un perdigón, estotro en una chocha, y la chocha en una cerceta, la cerceta en una pintada, la pintada en un ánade, el ánade en una gallina y la gallina en un faisán, que se cubrirá con un pavo, cuyo pavo ha de caber en una aburtada. Los vacíos entre ave y ave rellénalos con relleno. Y el todo acondiciónalo en una marmita, con ajos, cominos y pimienta majados, clavos de especia, setas, criadillas de tierra y trufas, cebolletas y manzanas picadas, apio, zanahoria, huevos duros, tocino y jamón en lonjas, butifarra, salchichas blancas, picadillo de pichón y ancas de rana y vino y caldo por mitades, (lo espumado y catado por Sancho). Y déjala rehogar y cocer veinticuatro horas a fuego lento.

De haber establecido comparaciones, nuestra refacción hubiera resultado una colación. Pero era «bucólica» tomada en el santo suelo bajo las encinas, árboles que por guardar distancia entre sí, nunca crecen apretujados. Un carrascal es una sucesión de claros de bosque, que no se embosca, y por eso su terreno consérvase enjuto y apisonado como el de los olivares.

Comíamos en patriarcal comunidad, con «Cavilote»,

quien, debiendo servirnos, se hacía servir de Paco, y con éste que habiendo desenganchado el asno, lo dejaba pacer cerca de nosotros. Y en parajes con rumores de gesta, irresistiblemente nos asediaban las reminiscencias, sea de cuando Sancho perdió al Rucio, sea de cuando se avino D. Quijote a tomar parte en el festín de Camacho, o en ese otro mucho más parco de los cabreros. Uno como aquellos, precisamente, volvió a llegarse hasta donde acampábamos, para obsequiarnos, en retribución del vino que le habíamos brindado antes, con frutas y bellotas. Y yo vi a mis compañeros franceses, sin decidirse a probarlas, teniendo un puñado dellas en actitud de resucitar aquel parlamento de «¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quienes los antiguos pusieron el nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían, ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío!».

El otro episodio que se nos representaba a la memoria en estos lugares, remueve insolucionables disquisiciones. Ese burro—perdonando la palabra—que le es robado a Sancho: («¡Oh, hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas!»), reaparece sin haber aparecido y vuelve a desaparecer por arte de birlibirloque, pues tan pronto Sancho sigue a su amo, «a pie y cargado», tan pronto «de muy mala gana sobre su jumento», tan pronto agradece «a quien

le quitó el trabajo de desenlbararlo», tan pronto, finalmente, lo recupera de su raptor: (¿Cómo has estado bien mío, Rucio de mis ojos, compañero mío?). Pero este es un pleito, —perdonando la comparación,— como el del nombre de la parienta del mismo Sancho, a la cual nombra al comienzo de la Primera Parte, «Juana Gutiérrez mi oislo, o Mari Gutiérrez» y al final «Juana Panza, que así se llamaba aunque no eran parientes sino porque se usa en la Mancha de tomar las mujeres el apellido de sus maridos». Todo lo cual no obsta para que en la Segunda, se presente ella misma como Teresa Cascajo «porque Teresa me pusieron en el bautismo y Cascajo se llamó mi padre» y para que, hacia el fin de fines del libro, Cervantes se indigne de que en el apócrifo de Avellaneda, «se llame Mari Gutiérrez la mujer de Sancho, y no tal sino Teresa Panza».

Camacho y las Bodas, por su parte, me traían una inesperada asociación de ideas. Porque hay en la Pasión del Señor, los versículos cuando llega a Gethsemaní con sus discípulos y les dice «mi alma está triste hasta la muerte: quedaos aquí y velad conmigo»:

«Y yéndose un poco más adelante se postró sobre su rostro diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; empero no como yo quiero, mas como tú».

«Y vino a sus discípulos y los halló durmiendo y dijo: ¡Qué! ¿no habeis podido velar conmigo una hora?»

«Otra vez fué y oró diciendo: Si no puede este caliz pasar de mí sin que yo lo beba, hágase tu voluntad».

«Y vino y los halló durmiendo».

«Y dejándolos fué otra vez y oró una tercera».

«Entonces vino a sus discípulos y les dice: Dormid ya y descansad».

«Levantaos, vamos, basta ya: he aquí ha llegado la hora».

Ahora bien: sin hablar de la penitencia de Don Quijote en Sierra Morena, que es ni más ni menos la cuaresma de Jesús en el desierto, existe una correlación secreta entre la Sagrada Escritura y esta otra escritura sagrada, cuando en el susodicho capítulo de las Bodas de Camacho, (que por otros respectos recuerdan las de Canaán), Don Quijote se pone en pie «apenas la blanca aurora había dado lugar a que el luciente Febo, con el ardor de sus rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase», y tras de estos ditirambos enfáticos, habiendo llamado a su escudero, que aun todavía roncaba, antes de despertarlo le dice:

«¡Oh tú bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, que sin tener envidia ni ser envidiado duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamientos! Duerme, sin que te tengan en vigilia celos de tu dama ni te desvele lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga. Duerme el criado y está velando el señor, pensando como lo ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir a la tierra, no afluye al criado, sino al señor. Duerme digo otra vez y lo

diré otras ciento». A todo esto—prosigue el relato—no respondió Sancho, porque dormía, ni despertara tan presto si Don Quijote con el cuento de su lanza no le hiciera volver en sí».

Tal modo de despertarle, después de haber repetido con pertinacia que siguiera durmiendo, tiene de todo en todo la patética inconsecuencia y la falta de transición evangélicas: Dormid ya y descansad. Levantaos, vamos, basta ya: he aquí ha llegado la hora». (*Sufficit venit hora*).

Había llegado también la de recoger nuestras vituallas y levantar el campamento. Era ya esa entre dos luces en que uno se pierde y se encuentra, y parecía humo de una fogata de pinos el olor de la tarde.